

Notas de Arqueología andaluza

Por A. BLANCO

EL CILINDRO-SELLO DE VELEZ-MALAGA

Uno de los más antiguos testimonios arqueológicos de las relaciones de la Península con el Cercano Oriente, es hasta hoy un cilindro-sello de hematites, hallado en Vélez-Málaga y publicado por Berlanga ¹. Su paradero actual se desconoce, pero queda en el libro de Berlanga un documento digno de toda confianza, tanto por el rigor y el esmero que este autor ponía en sus datos e ilustraciones, como por el estilo del dibujo, que parece calcado de una impronta. (Fig. 1.)

Sus figuras son, de izquierda a derecha, una mujer desnuda, con los brazos abiertos y flores en las manos, encima de un león acostado; está vista de frente, con la cabeza y las piernas de perfil, y su cabeza se cubre con un sombrero en forma de casquete esférico, seguramente un sombrero de paja. Unos glóbulos separan esta figura del grupo siguiente, compuesto de dos personajes que sostienen un íbice por una de sus patas traseras. El primero viste una túnica que le llega hasta las rodillas y una caperuza larga, con la punta caída y terminada en una borla o una flor; entre éste y el íbice hay una palma. El segundo es un daimón con cabeza de animal, revestido de túnica

¹ El hallador, un labriego, decía haberlo encontrado en una tumba con cuentas de vidrio de colores, que también Berlanga reproduce, de forma cónica y otras redondas, de piedras diversas, entre ellas alguna de lapislázuli; una de las cuentas era de forma discoidal. El cilindro-sello medía 18 mm. de longitud por 8 de diámetro. Hacia 1874 fué adquirido por un platero que lo vendió a don Eduardo J. Navarro. E. RODRÍGUEZ DE BER-

LANGA, *El nuevo bronce de Itálica*, 333, láms. IV y V; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Fenicios y cartagineses en Occidente*, 290, fig. 54; Id. en *Historia de España*, Espasa-Calpe I, 2, p. 489, fig. 442; J. MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, *Excavaciones en la ciudad del Bronce Mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*, Informes y Memorias de la CGE, n.º 16, p. 131, nota 38.

talar; lleva un pato en la mano izquierda; entre las dos figuras de este grupo, en lo alto, hay un pez. En último término un pato que vuela hacia la izquierda y un ciervo acostado a derecha, que puede interpretarse como acompañante de la mujer desnuda, por mirar hacia ella.

Como ha señalado Martínez Santa-Olalla (loc. cit.), esta mujer desnuda, erguida sobre un león, es la diosa cananita Qadesh, representada de modo muy



Fig. 1. — Desarrollo del sello cilíndrico de Vélez-Málaga. Paradero ignorado.

semejante, también con flores en las manos, en la famosa estela egipcia del Museo Británico ², pero un relieve de Winchester, estudiado hace poco ³, demuestra en su inscripción que esta diosa es la misma que Ashtart y Anat, la deidad fenicia equivalente a la Istar babilónica. Su aparición en cilindrosellos es frecuentísima ⁴ y a veces la acompaña un personaje que sujeta un animal por una pata trasera ⁵.

En el grupo que hay a su derecha encontramos un motivo muy repetido en la glíptica oriental: los dioses que sostienen un animal por una pata ⁶. En este caso uno de ellos es un daimón con cabeza de animal, probablemente un león o tal vez un jabalí, del que hay representaciones plásticas en el círculo hurrita ⁷, de cuya glíptica son típicos los dioses con cabeza de animal, a menudo sujetando a una víctima por una pata trasera ⁸.

El pez y sobre todo el pato volando, que acompañan a este grupo como subalternos, están tomados de representaciones egipcias y parecen indicar que la escena se desarrolla al lado de un río o en una ciudad bañada por él; sería de esperar, además, un cable que señalase el agua y separase en dos registros al pato y al ciervo, pero tal vez aquellos elementos acuáticos se consideraron

² R. DUSSAUD, *L'art phénicien du IIe millénaire*. 51, fig. 17.

³ I. E. S. EDWARDS, *A Relief of Qudschu-Ashtarte-Anath in the Winchester College Collection*, en *INES XIV* (1955), 25 ss.

⁴ E. PORADA, *Corpus of Ancient Near Eastern Seals in North American Collections*, vol. I, *The Collection of the Pierpont Morgan Library*, lám. CXLII ss.

⁵ V. gr., un toro: G. CONTENAU, *La glyptique syro-hittite*, lám. XXXVIII, 289.

⁶ CONTENAU, *op. cit.*, láms. XXIV, 171; XXX, 203; XXXI, 206, etc.

⁷ Vaso plástico de Tell Billah, en el Iraq: SPEISER, en *BASOR* 41 (1931) 21, fig. 4 centro.

⁸ CONTENAU, *op. cit.*, lám. XXXVII, 278 (dios leontocéfalo); L. DELAPORTE *Catalogue des cylindres orientaux et des cachets assyriobabyloniens de la Bibliothèque Nationale*, n.º 477, donde el animal sostenido es un ibice.

suficientes. El ciervo acostado mira, como hemos dicho, hacia la diosa desnuda, a la que tal vez acompaña como atributo ⁹.

Los elementos que este sello sostiene permiten atribuirlo a un taller sirio del llamado por Franckfort "segundo grupo", que culmina hacia 1450 (estilo de la impronta de Saushatar, rey de Mitanni) y perdura hasta la disolución del imperio de Mitanni, hacia 1350, cuando la glíptica experimente una visible decadencia ¹⁰. Ahora bien, estos sellos fueron imitados en Chipre, a veces aproximándose mucho a los modelos orientales importados en la isla; precisamente aquí los dáimones con cabeza de animal llevan vestidos talares, a diferencia de lo que normalmente acontece en Asia Occidental ¹¹. Características chipriotas son también la anchura de los hombros y la delgadez del talles, que da a las figuras un cierto aire micénico. Este grupo (el Grupo II, de Porada) se fecha a fines del XV o comienzos del XIV. Ninguno de los ejemplares estudiados por esta autora, ni otros a los que hace referencia, se relaciona con este de Vélez-Málaga, hasta el punto de que su atribución a Chipre nos parezca preferible. En lo que su copia moderna nos permite colegir su taller ha debido encontrarse en Siria y su fecha caerá en la primera mitad del siglo XIV.

El sello cilíndrico, de origen mesopotámico, fué substituído entre los fenicios del primer milenio por el escarabeo, de sello plano, de origen egipcio, que es el que ellos difunden por el Mediterráneo. Pero esto no garantiza la importación del sello de Mélez-Málaga, en el segundo milenio, pues otros cilindros tan antiguos como él se han encontrado en Cartago, en tumbas mucho más recientes ¹².

No podemos apreciar el ambiente arqueológico de estos cilindros de Cartago por falta de ilustraciones y de referencias, pero si el primero de ellos procede, en efecto, de una tumba de la necrópolis de Douimes, atribuible a los siglos VII-VI, hay que suponer que estos sellos se transmitieron como amuletos durante casi un milenio, lo cual no deja de ser harto extraño. Las cuentas de collar encontradas con el de Vélez-Málaga, son documentos de escaso valor, por el modo en que se efectuó el hallazgo. Queda, de todos modos, el sello como vestigio de fecha remotísima, hallado en una localidad próxima a la costa, en donde los fenicios realizaron sus primeros ensayos de colonización, anteriores a su establecimiento en Cádiz ¹³. Y merece recordarse que junto a la desembocadura del río Vélez, en Torre del Mar, se encontró el jarro de boca de seta, de esmalte rojo, dado a conocer hace poco por Fernández de Avilés ¹⁴, pese al amplio margen cronológico en que cabe situarlo (siglos VIII-VI) es la muestra más antigua de cerámica oriental encontrada hasta ahora en la Península.

9 Sobre el culto a este animal y su relación con la Gran Madre, cf. *Syria* XIV (1933) 283. ss.; 20 (1939) 192; 21 (1940) 62 ss.

10 H. FRANKFORT, *Cylinder Seals*, 288.

11 E. PORADA, *The Cylinder Seals of the Late Cypriot Bronze Age*, en *AJA* LII ((1948) 185.

12 P. AMIET, *Cylindres-sceaux orientaux trouvés a Carthage*, *Cahiers de Byrsa* V (1955) 11 ss., VII (1957) 26, n.º 4.

13 *Strabo*, III, 5, 5.

14 A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, *Vaso oriental de Torre del Mar (Málaga)*, en *Arqueología e Historia*, VIII (1958) 39 ss.

LA DIOSA ORIENTAL CON FLORES EN BRONCES TARTESICOS

A partir de 1957 el profesor Maluquer ha prestado valiosísimas contribuciones al conocimiento de la metalurgia y del arte tartésico, ora descubriendo piezas nuevas, como la diosa entre aves (láms. I-II), de una colección particular sevillana ¹⁵; ora desempolvando fondos antiguos de nuestros museos, como los bronce del Cerro del Berrueco, mirados siempre con mal disimulada prevención por su posible significado "gnóstico", que desde hace años había desmentido García y Bellido ¹⁶. A esta labor de rebusca y observación Maluquer ha sumado la de un minucioso análisis de las referidas piezas, que le ha permitido aunar las tres —la diosa entre aves, el broche de Sanchorreja y la diosa alada del Berrueco, ésta en tres réplicas— con un nudo indisoluble que el futuro no podrá más que reforzar,

En los tres bronce (aunando las repeticiones del Berrueco) se encuentra una flor que Maluquer llama "loto" y que es una manifestación típica del jardín orientalizante: una flor bidimensional, compuesta de un botón flanqueado por dos hojas puntiagudas, más o menos encorvadas. Tras examinarla en muchas variedades, algunas incluso tridimensionales, Jacobsthal, que era gran herbolario del arte antiguo, llegó a creer que esta flor tenía un carácter abstracto o genérico, como el dibujo de un niño ¹⁷. Con su posible punto de origen Kantor ha llegado a identificar su más verosímil modelo natural: la "Flor del Sur" o "Lirio del Alto Egipto", que por ejemplo se encuentra bajo forma casi idéntica en los relieves de una de las pilastras de Tutmés III en Karnak, emparejada con el papiro del Bajo Egipto, que decora la pilastra inmediata ¹⁸.

Como luego tendremos ocasión de ver estos lirios desempeñan un papel considerable en la formación del capitel de volutas.

Una vez que la flor comenzó a pasar de mano en mano de artistas, fuera ya de los confines de Egipto, su figura experimentó los naturales cambios, unas veces por ignorancia o desinterés en la especie botánica, otras por confusión con flores estilizadas de un modo semejante. El loto, con sus múltiples hojas puntiagudas, reductibles a tres; la palmeta, con sus dos anchas hojas laterales propensas a enroscarse y formar volutas, todas ellas plantas de religioso prestigio y dilatada vida en el arte, podían como el lirio, intercambiar, y de hecho intercambiaron a menudo algunos de sus elementos, y llegar a constituir flores artificiales, de origen enigmático para los antiguos (recuérdese que para Vitruvio las volutas del capitel jónico eran la estilización de una cabellera femenina), cuando no se reunían todas ellas y algunas más —la piña, la granada, etcétera— en esas complejas estructuras florales que se denominaban "Arbol de la Vida", "Arbol Sacro", "Arbol de Palmetas", etc., y que parecen el remoto antecedente de los mayos de nuestros campesinos.

15 J. MALUQUER, *De metalurgia tartesia: el bron-*
ce Carriazo, en *Zephyrus* VII (1957), 157 ss.

15 a Ibidem, 242 ss.

16 A. GARCÍA Y BELLIDO, en *Investigación y*
Progreso VI, 2 (febrero, 1932) 17 ss.; J. MALU-

QUER, *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del*

Berrueco, Salamanca, 1958, 111 ss., lám. XXIII.

17 P. JACOBSTHAL, *Greek Pins*, 47 ss.

18 KANTOR, en H. FRANKFORT, *The Art and*
Architecture of the Ancient Orient, 223; K. LAN-

GE - M. HIRMER, *Egypt*, Phaidon Press, 1956, 323,
lám. 129.

Un bordado en que dichas flores alternan con capullos lo lleva sobre el pecho, como si las plantas nacieran en el cuello de su túnica, la diosa entre aves de nuestra lámina II. Maluquer supone que los triángulos que la diosa lleva en las manos son reducciones esquemáticas de las mismas flores. Tal hipótesis, muy verosímil de suyo, gana más fuerza si este bronce, de uso problemático, se interpreta como pieza lateral de un bocado de caballo. En tal caso la reducción de flores a triángulos tendría una explicación funcional si por paralelismo con algunos bocados orientales, como el de la Colección David-Weil (fig. 2), se reconoce que estos triángulos eran el asidero de los dos extremos de las correas bifurcadas de la cabezada ¹⁹.

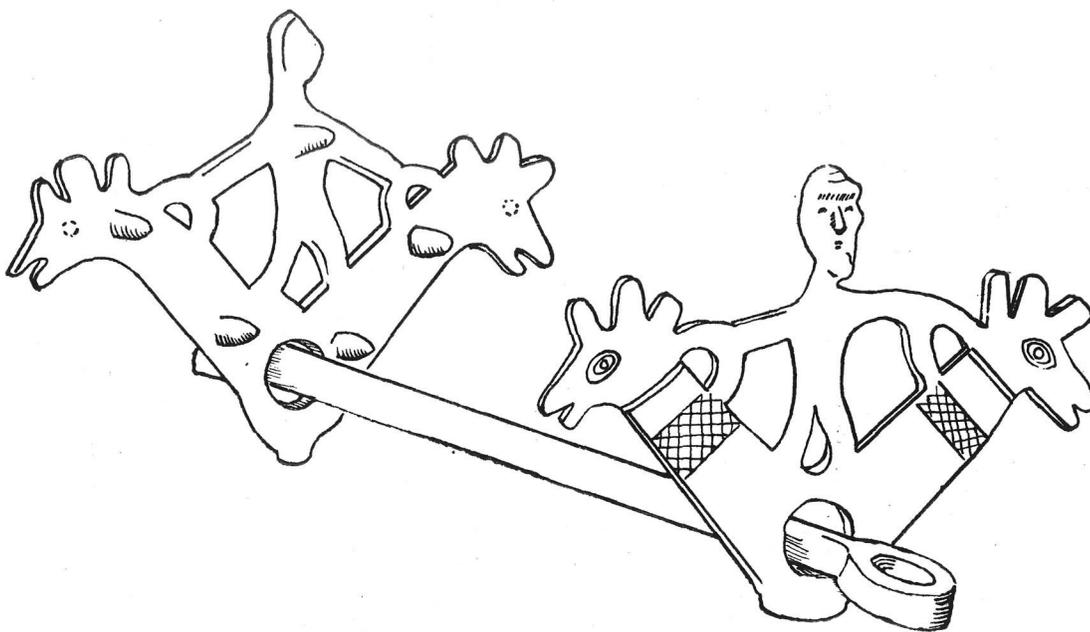


Fig. 2. — Bocado de la Colección David - Weil.

Por otra parte, Maluquer ha tejido el acierto de adivinar en el grupo de esta diosa entre aves un simbolismo solar. Sólo en el punto de la barca en que según él navega la diosa y sus aves, disentimos de su interpretación; tal como se refleja en el bronce la intención del artista parece haber sido indicar que el elemento de la diosa es el aire o el cielo, adonde sólo las aves se remontan, y acaso también el agua en que viven las palmípedas y crecen los lirios acuáticos y los lotos. En todo caso la figura muestra varios puntos de afinidad con los bronces del Berrueco, en los cuales una deidad tetráptera, con el peinado hathórico y flores del tipo consabido, tiene como centro el disco solar (lám. III). Por todo ello esta deidad se relaciona con figuras orientales y orientalizantes, que Maluquer ha coleccionado en número suficiente; el paralelo más próximo, figura tetráptera, se encuentra en los colgantes de un collar etrusco ²⁰; si como

¹⁹ A. GODARD, *Les bronzes du Luristan*, *Ars Asiatica* XVII (1931), n.º 175, lám. XLV; H. A. POTRATZ, *Die Pferdegebisse des Zwischens-*

tromländischen Raumes, en *Archiv für Orientforschung* XIV (1941) 1 ss.

²⁰ E. COCHE DE LA FERTÉ, *Les bijoux antiques*, lám. 38.

creemos, el apéndice que sobresale por debajo del disco solar, fuera el extremo del cuerpo de una abeja, podría relacionarse también con representaciones arcaicas de la *Melissa* ²¹.

El margen que toda esta labor interpretativa pudiera dejar para objeciones y dudas, se reduce notablemente a la vista de los más recientes hallazgos de Nimrud y de los objetos que el comercio de antigüedades extrae del Iraq. En efecto, entre los marfiles procedentes del Fuerte de Salmanasar y que datan de la segunda mitad del siglo VIII, se encuentran piezas del llamado por Barnett "estilo asirio"; una de éstas, adquirida recientemente por el Metropolitano de Nueva York (lám. IV), pone en íntima relación el disco solar, el busto de la diosa con peinado hathórico y brazos extendidos, sosteniendo flores en las manos, y esas plantas sagradas, con lirios o lotos y palmetas, que aquí evidentemente se asocian con el culto del astro rey y de su parhedra femenina, encarnación del poder de la fecundidad ²². En la frente de la diosa del bronce sevillano hay unos adornos que parecen la orla de una diadema; la deidad representada en el marfil de Nimrud, obra seguramente de un fenicio, la lleva también sin duda alguna.

Estos marfiles de Nimrud fueron hechos para los reyes asirios, por lo que es de creer que la diosa en ellos representada sea Ishtar. Ya antes del descubrimiento de esta pieza de tan alto interés iconográfico se había podido determinar que la diosa con flores y tocado hathórico, no era un préstamo egipcio en la iconografía de fenicios y sirios. Las dos voluminosas trenzas terminadas en espiral corresponden primero a la Ishtar mesopotámica, y sólo en Fenicia, hacia 1700, se confunden con el tocado que los egipcios habían dado a Hathor durante el Imperio Medio ²³. Pero en rigor la diosa no es Hathor, cuando no presenta sus características orejas de vaca, sino la semítica Qadesh-Ashtart-Anat, la misma que encontramos por primera vez en Occidente, en el sello cilíndrico de Vélez-Málaga.

El culto a esta diosa en los dominios de Tartessos pudo adentrarse por cualquiera de las colonias fenicias del Mediodía peninsular, donde una vieja cultura agrícola rendía culto a un númen de la fecundidad, representado en tiempo más remotos en forma de cilindro, con hermosa estilización de la cabellera y de los ojos, produciendo a veces verdaderas obras maestras de arte abstracto. Los puntos de arribada pudieron encontrarse en cualquiera de los dos flancos del Estrecho, en los cabos e islas dedicados más tarde a esa Venus Marina, Juno o Noctiluca, que parece la versión romana de la Ashtart fenicia ²⁴; en el Cabo de Gata, Baria, la Isla de la Luna, frente a Málaga, de la que dice Avieno: *Noctiluca ab incolis sacrata pridem*, o fuera de las Columnas, en la Cádiz más vieja; es decir, en la isla de San Sebastián, llamada en tiempos remotos, según Plinio (IV, 120), *ab Ephoro et Philistide Erythea, a Tomæo*

21 MARSHALL, *Catalogue of the Jewellery in the British Museum*, n.º 1.118, lám. XII; G. BECATTI, *Oreficeria antiche*, n.º 190, lám. XXXII.

22 CH. K. WILKINSON, en *Bull. Metr. Mus New York*, April, 1960, 261, fig. 21.

23 W. F. ALBRIGHT, *Astarte Plaques and Fi-*

gurines from Tell Beit Mirsim, en *Melanges Dussud*, I, 1939, 110 ss.; R. D. BARNETT, *A Catalogue of the Nimrud Ivories*, 80 ss.

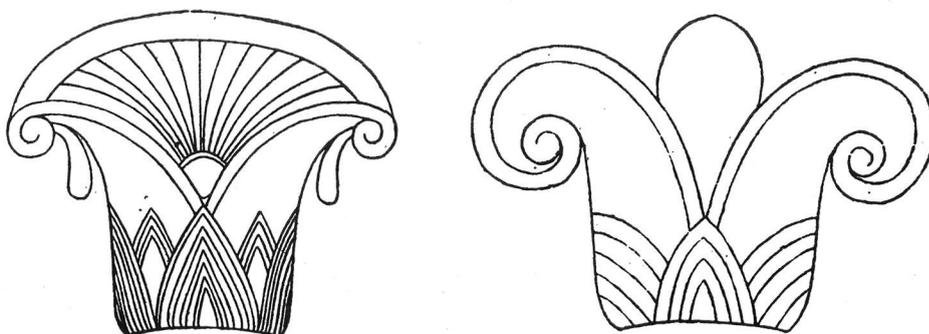
24 A. BLANCO, en *Homaxe a O'eyo Pedrayo*, 301 ss.

et Sileno Aphrodisias, ab indigenis Iunonis, y donde sabemos que Ashtar tuvo un templo y una gruta con oráculo: Veneri marinae consecrata est insula / templumque in illa Veneris et penetral cavum / oraculumque ²⁵.

EL CAPITEL DE CADIZ

En íntima relación con la flor orientalizante, tan a menudo representada en los productos de las artes industriales del Mediodía español, se encuentra la única muestra de plástico arquitectónica conocida hasta hoy de la Gádir fenicia: el remate de un pilar exento, al que por tanto sólo en sentido lato puede aplicarse el nombre de capitel ²⁶.

La pieza (lám. V) está labrada en caliza y mide 27 cm. de alto, por 30 de anchura máxima. Según el informe de su hallador fué recogida del mar, junto a los acantilados del islote de San Sebastián, donde estuvo enclavada la



Figs. 3 - 4. — Capiteles egipcios.

Cádiz más antigua y se encontraban sus templos más arcaicos, entre ellos el de Ashtart.

Ya la forma de la pieza y sus elementos delatan su remota antigüedad; de un ancho collarino arrancan cuatro grandes y carnosas volutas, entre las cuales se intercalan cuatro triángulos, cada uno de ellos compuesto de tres boceses superpuestos en ángulo. Sobre sus vértices nacen y se disponen en abanico una serie de hojas, que se dirían los estambres de una flor y no palmetas, aunque de este extremo no podamos estar seguros por la indisciplina y descuido con que los fenicios tratan su flora. El núcleo del "capitel" presenta forma abombada e indica, a pesar de sus rozaduras, que nunca tuvo finalidad tectónica, como tampoco la tienen las columnillas que flanquean la puerta del modelo de terracota procedente de Italion (Chipre) y conservado en Louvre ²⁷, aunque sobre ellas se encuentre lo que parece dosel de un porche.

Su evidente parentesco con análogos remates de estelas chipriotas, de pilas-tras de monumentos funerarios e incluso con verdaderos capiteles, como el de

²⁵ AVIENO, *OM*, 315 ss.

²⁶ C. BLANCO DE TORRECILLAS, en *Diario de Cádiz*, 19-XII-1959; C. PEMÁN, en *AEArq.*, XXXII (1959), 58 ss.

²⁷ PERROT - CHIPIEZ, III, fig. 208; BOSSERT, *Altsyrien*, fig. 16; C. PEMÁN, *op. cit.*, fig. 12.

Meggido, no limitan la importancia de este ejemplar a la de simple miembro de una venerable familia. Por el contrario, los rasgos que lo hacen único hasta ahora dentro del panorama de la arquitectura fenicia, lo convierten en objeto de singular interés.

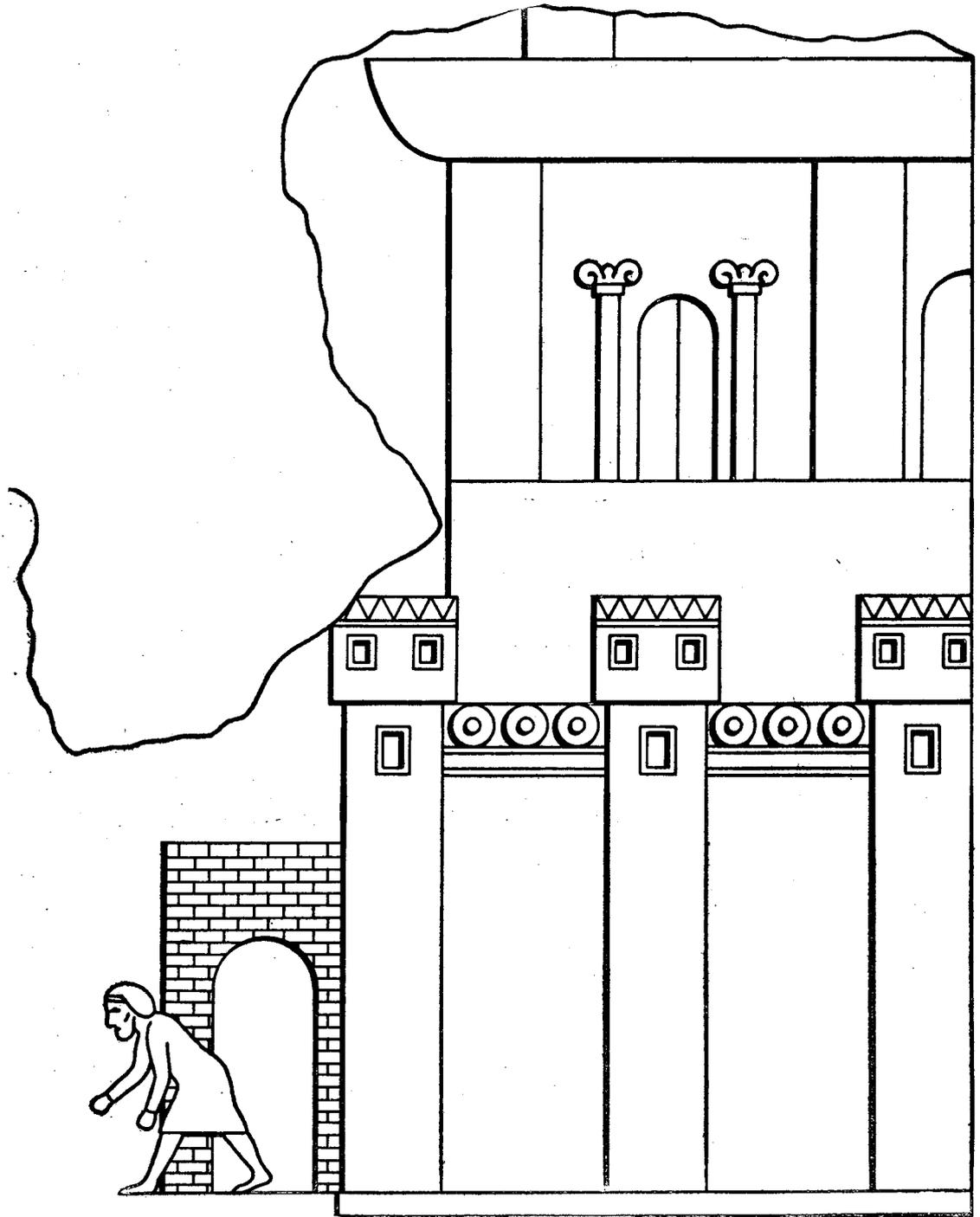


Fig. 5. — La ciudad de Tiro según un relieve asirio. Detalle del dibujo reproducido por Barnett.

Aclaremos de antemano que no tiene relación alguna con el capitel jónico, salvo si se quiere, la analogía de sus volutas enroscadas, de mucha menos sig-

nificación que la de su planta redonda, por la que está en más estrecho contacto con los capiteles egipcios, micénicos, y dóricos, que con los capiteles protojónicos y jónicos, de los que es inseparable la planta rectangular del miembro decorado con volutas ²⁸.

En rigor, sus congéneres más próximos son los capiteles egipcios en forma de lirio. Estos precisamente aclaran el sentido y el origen de esos cuatro triángulos que ciñen la base de las volutas como el cáliz de una flor y que en los capiteles egipcios (figuras 3-4) forman una serie continua. Es más, las hojas intercaladas en las juntas de las volutas son susceptibles de interpretarse como derivación del elemento central del lirio del Nilo. De esta forma el capitel gaditano viene a ser la probable reliquia, única conocida hasta ahora, del remate de uno de los pilares exentos que los fenicios levantaban ante la fachada de sus templos.

Hiram de Tiro hizo fundir para el templo de Salomón dos columnas de bronce con capiteles "de lirios", que tenían nombre propio: Jaquin y Boaz. Las reconstrucciones de estos pilares difieren notablemente ²⁹, pero sus remates pudieron ser como el metro, y en todo caso lo parecen los de un interesante dibujo de un relieve asirio, en el que se ve la ciudad de Tiro, de la que un rey huye por mar del asedio de Senacherib, y en lo alto un templo con dos columnas exentas, coronadas por flores de forma muy semejante a la del capitel gaditano. (Fig. 5.) Según Barnett éste puede ser el templo de Melkart, visitado por Herodoto siglos más tarde, y en el que tanto le llamaron la atención aquellos dos pilares, uno de oro y el otro de esmeralda, que brillaban en la oscuridad de la noche ³⁰.

IDOLILLOS DE BARRO DE LOS ALCORES DE CARMONA

Es de sobra conocido el panorama general arqueológico que presentan las "motillas" de la región carmonense (Sevilla). Los trabajos de Bonsor han sacado de ellas notable partido, aunque sobre la ordenación cronológica de los materiales reina una confusión que no se debe achacar al autor, sumamente cuidadoso en el levantamiento de planos e inventarios de tumbas siempre que las circunstancias lo permitían, sino al método con que las exploraciones se hicieron, ni mejor ni peor, justo es reconocerlo, que el que por el mismo tiempo se practicaba en otros países. Si acaso, hemos de reprocharnos todos que de entonces acá no se hayan hecho en esta comarca trabajos más en consonancia con nuestras exigencias.

Las "motillas" o túmulos de los Alcores encierran tumbas de incineración e inhumación con cerámicas muy diversas; las más antiguas recogen la tradición del vaso campaniforme con su típica decoración; suceden a éstas otras decoradas mediante incrustación o incisión: el panorama de lo que pudiéramos llamar

28 J. BRAUN - VOGELSTEIN, *Die ionische Säule*, 3.

29 Cf. P. L. GARBER, *A Reconstruction of Salomon's Temple*, en *Archaeology* V (1952), 165 ss. en particular 168; W. F. ALBRIGHT, *Two Cressets*

from *Marisa and the Pillars of Jachin and Boaz*, en *BASOR* 85 (1942) 18 ss.

30 R. D. BARNETT, en *Archaeology*, 1956, 91 s.

cerámica de la primera Edad del Hierro en la Península, semejante en muchos casos a la de Roquizal del Rullo, y entre la que se encuentra con gran asiduidad la del Boquique (a todo este conjunto llama Bonsor en las vitrinas de su colección "Poterie éneolitique"). Esta clasificación por tipos y técnicas nos deja a

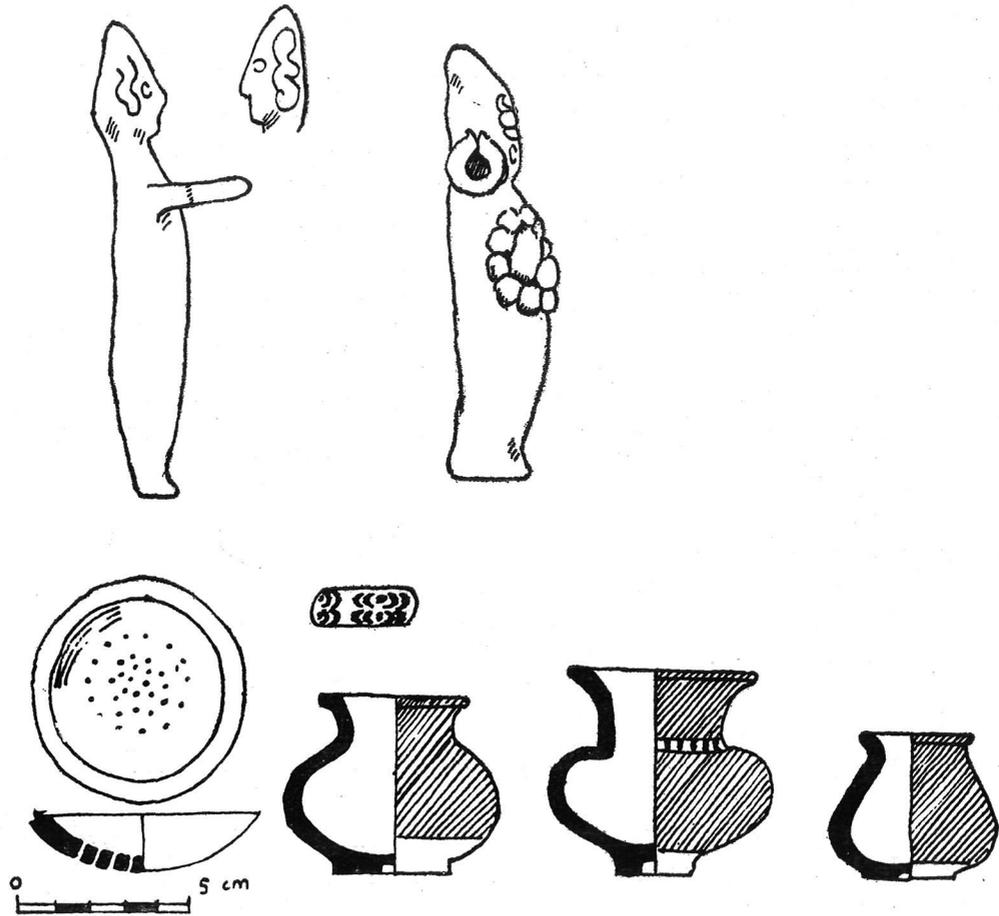
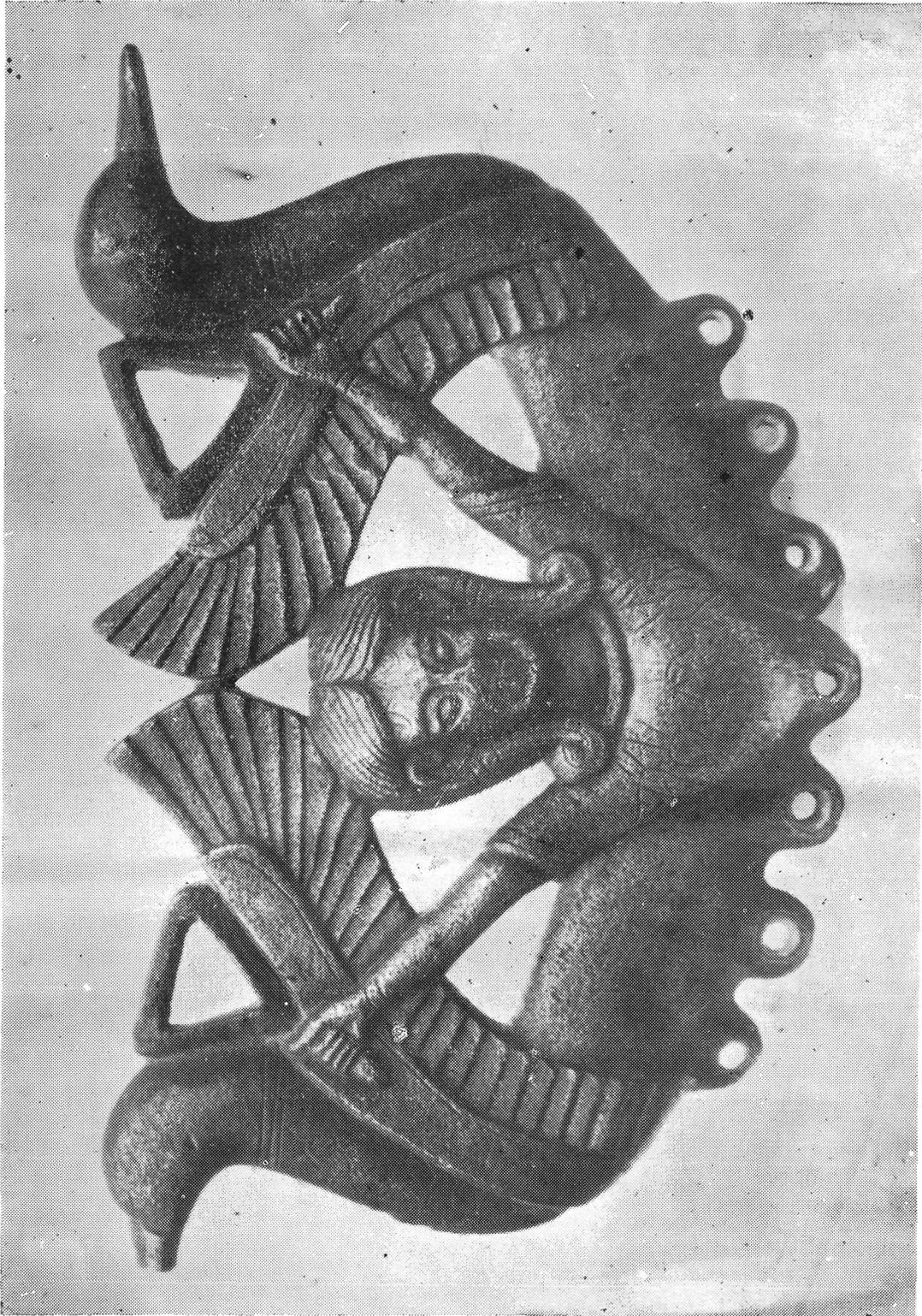
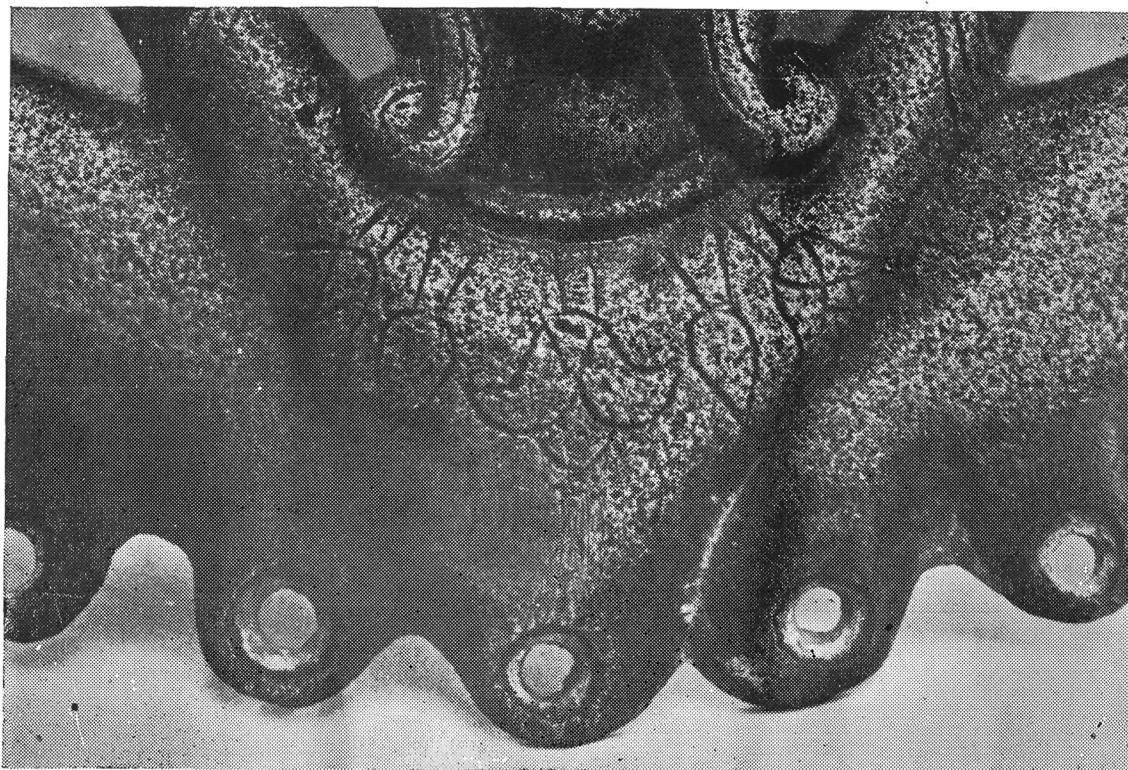


Fig. 6. — Terracotas y vasos en miniatura de los Alcores de Carmona. La escala se refiere únicamente a los vasos.

oscuras, como es natural, en un problema básico, a saber: ¿Existía al lado de esta cerámica, que en poco o en cada se diferencia a la que incluso en la Meseta solemos encontrar, una especie más civilizada, bien fuera producto de importación, bien de otros alfareros que hubieran modelado su técnica y su repertorio formal en relación con productos o talleres extranjeros? La respuesta es ardua y requiere nuevas excavaciones con urgencia. El hecho es que los mismos túmulos suministran, por una parte, evidentes vasos importados: ungüentarios de alabastro, ánforas pequeñas púnicas o calcadas en modelos púnicos, etcétera. Entre los vasos que pudiéramos llamar "indígenas" predomina de modo absoluto un ánfora de cuerpo globular y cuello cilíndrico, con o sin un aro saliente entre las asas anulares; unas veces estos vasos carecen de decoración, pero con bastante frecuencia están decorados con bandas e incluso con meto-



Diosa entre aves. Colección particular. Sevilla



Detalle de la figura anterior



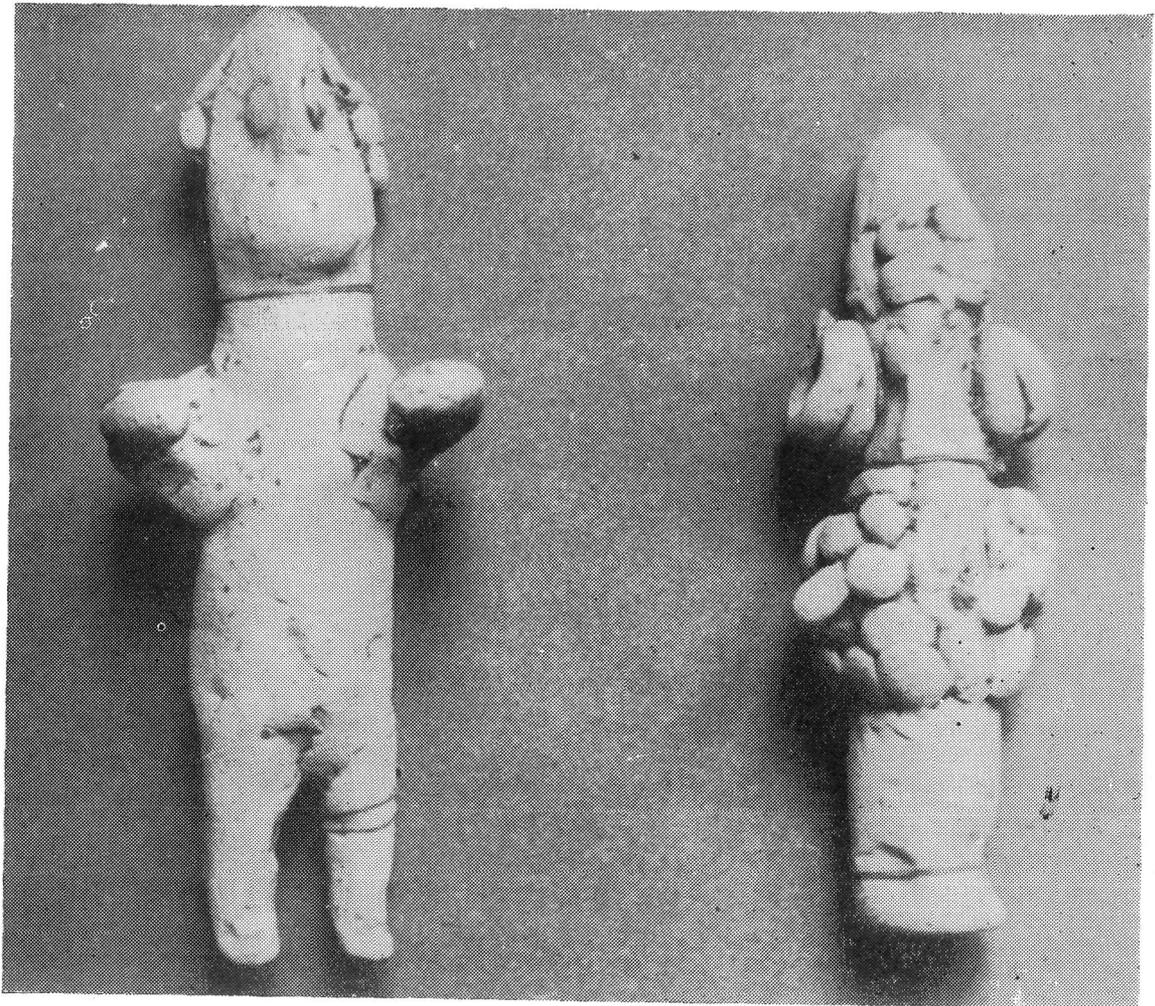
Bronces procedentes del Berrueco. Instituto de Valencia de D. Juan. Madrid



Placas de marfil del Fuerte de Salmanasar en Nimrud. Nueva York, Museo Metropolitano



Capitel hallado en Cadiz



Idolillos de barro de Los Alcores de Carmona

pas ³¹. Relativamente escasos, aunque de clara fisonomía indígena, general en toda Andalucía, son los vasos pintados a la almagra, ese colorante rojo-amorado que a partir del siglo V, por lo menos, se encuentra en todos los yacimientos andaluces. Lo más curioso tal vez sea cierta peculiaridad que hace inconfundibles los vasos de esta región del Bajo Guadalquivir; un repertorio de formas constituido con menos disciplina que en los yacimientos de la Alta Andalucía, como si los alfareros hubieran hecho la imitación sin poner demasiada atención o diligencia en la tarea.

A excepción de los archiconocidos marfiles grabados y de alguna que otra palmeta, voluta o roseta decoradora de las placas de cinturón, es este un mundo anacrónico, precisamente en todo lo que lleva un sello indígena más acusado. Por eso son tanto más interesantes, a nuestro modo de ver, unos ídolos de barro que Bonsor publicó muy someramente y con ilustraciones inadecuadas, hace treinta y tantos años ³². Con este motivo dió el arqueólogo inglés noticia breve de las circunstancias del hallazgo; los objetos enurados allí y mal ilustrados, se encuentran en una vitrina del Castillo de Mairena. El conjunto tiene importancia suficiente para que le dediquemos aquí unas líneas. (Fig. 6 y lám. VI.)

Dice Bonsor que el hallazgo se produjo junto al quemadero de un túmulo de Bencarrón, a escasa profundidad y sobre un montoncito de cenizas humanas. Alrededor de éste había quince vasos minúsculos, ocho de los cuales estaban pintados en rojo oscuro; además, apareció un vaso en forma de animal, que no hemos logrado localizar, y tiestos de ánforas "púnicas" (entrecomillado el epíteto, porque nunca se sabe qué quiere decir Bonsor cuando lo aplica), cuyo paradero ignoramos. Los diminutos vasos a que se alude son barros de elegante forma, pintados a la almagra (color oscuro en nuestros gráficos). Sus tipos pertenecen al repertorio indígena turdetano y bastetano; cosa rara, porque de ordinario la cerámica carmonense, por llamar de algún modo al acervo de tiestos y vasijas desenterradas por Bonsor en esta comarca, se sale de lo ordinario en territorio andaluz. Cualquiera que sea la razón de esta anomalía no parece aventurado suponer que dada la similitud de formas de estos vasos en miniatura con la de otros que en la necrópolis de los Castellones de Ceal (Huesa, Jaén), se sobreponen a tumbas que encierran cerámica ática de la primera mitad del IV, tengamos aquí un conjunto fechable en la segunda mitad de dicha centuria o a comienzos de la siguiente, si se prefiere ampliar el margen potencial de su perduración. Menos elocuentes a estos efectos son un colador de barro y una cuenta de vidrio verde con ojos azules de reborde blanco, así como piezas fragmentadas, que, como los vasos, podrían ser restos de miniaturas o juguetes. Esta interpretación, apoyada en un supuesto "biberón", hizo pensar a Bonsor en un lote de juguetes, si bien es justo reconocer que no hizo demasiado hincapié en tal interpretación y apuntó a su lado la de su carácter votivo.

Piezas votivas o juguetes, lo más interesante de este conjunto de objetos son

31 G. E. BONSOR, *Les colonies agricoles preromaines de la Vallée du Bétis*, t. a. de RA 35, 1899, p. 114, fig. 111 y su comentario: "se han recogido hasta ahora unas treinta" (ánforas del tipo referido). Doce de ellas están en la Sociedad

Hispanica de Nueva York, cfr.: *A History of the Hispanic Society of America. Museum and Library*, 1904-1954. New York, 1954, 74 s., fig. 53.

32 BONSOR, *Los dioses de los Alcores*, *Mem. Soc. Antrop.* III (1924), 175 ss., y RA, 1927, 285 s.

dos figuras de barro cocido, que conviene no olvidar al hacer el elenco de la coroplástica indígena, un género al que de ordinario se presta menos atención y consideración que a las figuritas de bronce, en parte por la tosquedad de gran número de aquéllas; en parte también porque la aparente facilidad de su factura ofrece el riesgo de dar con productos del llamado "arte sin fechas". Pueden encontrarse aquí, sin embargo, piezas clave para la historia de la escultura ibérica, como Fernández de Avilés, Balil y otros, han revelado en los pocos estudios concienzudos de que disponemos ³³.

Los ejemplares de los Alcores forman una pareja: una figurita de hombre de 9,6 centímetros de longitud y otra de dama que mide 8,3 centímetros. Las dos están modeladas en barro ocre claro, bien depurado y cocido, sin disimular la adherencia de las partes añadidas al monigote esquemático: el pelo y los brazos del hombre, las joyas y los ojos de la mujer. El hombre parece estar desnudo, aunque no se indican sus órganos sexuales. Los brazos están levantados a la altura de los hombros y llevados hacia adelante con una ligera curvatura. El rostro fué hecho, sin duda, mediante un pellizco, sobre el que posteriormente se grabaron unos ojos redondos. El resto del cuerpo carece de pormenores, aunque en la base hay un ligero saliente como para representar los pies. Lo mismo que su compañera la figura está desprovista de base de sustentación, condición que sumada a la falta de un asa u orificio para colgar indica que su destino era probablemente la colocación en la tumba. Los dos brazos están rotos por cerca del hombro, pegados y sin falta de ningún fragmento. A ambos lados de la cabeza dos pegotes serpentiformes representan el pelo y acaso también las orejas.

Dada la actitud cabría pensar que esta figura era el trasunto de una de esas terracotas púnicas que aparecen en las tumbas de Ibiza, y sin ser obras de arte primorosas, ni mucho menos, tienen al lado de ésta el refinado aire de una civilización superior ³⁴. Abonan este supuesto los brazos extendidos como en figura de orante, pero no conviene insistir en esta vaga semejanza dada la falta de terracotas púnicas en la costa andaluza.

La figurita femenina es mucho más interesante. Dentro de su carácter elemental su autor parece haberse esforzado en representar la indumentaria: el tocado cónico, que se ha de suponer compuesto de una tiara o peineta cubierta por el manto; las grandes arracadas que flanquean el rostro y que por una parte recuerdan a los adornos de damás chipriotas ³⁵ y por otro a tantas damas ibéricas; pero lo más curioso es que, pendientes de esta misma forma —acentuemos que aquí muy detallada—, se han encontrado en necrópolis andaluzas y el Museo Arqueológico Nacional conserva varias muestras de ellos; son dobles morcillas, entre las que a veces se intercalan alambres de oro. Los ojos de esta

33 A. FERNÁNDEZ DE AVILÉS, en *I Congr. Arq. Marruecos*, Tetuán, 1954, 297 ss. con otras muchas referencias. El ejemplar estudiado por Avilés interesa aquí especialmente por tratarse de un posible hallazgo de la provincia de Jaén, a añadir a los exhumados por Lantier y otros. Cf. también A. BALIL, en *III Congr. Arq. Nac.*, Galicia,

1953, 136 ss., especialmente fig. 4; C. PEMÁN, *El paisaje tartésico de Avieno*, Madrid, 1941, fig. 22, 3.

34 A. VIVES, *Necróp. Ibiza*, lám. 82 ss.

35 H. BOSSERT, *Alisyrien*, figs. 74-75 et passim. El tipo de pendiente, muy frecuente en Villaricos, en M. ASTRUC, *La necrópolis de Villaricos*, lám. 41.

figurita eran postizos y uno de ellos, el izquierdo, parece haberse desprendido y perdido. En la frente se encuentran dos motivos serpentiformes, que suponemos representan, más bien que una diadema, ese flequillo estilizado con gran sentido ornamental en tantas esculturas votivas del Cerro de los Santos. El pecho está cubierto por un conglomerado de bolas que no sabemos a ciencia cierta qué pretenden representar: podrían ser los brazos colmados de frutos, o con mayor probabilidad un juego de collares, como los que con tanta frecuencia cubren el pecho de las damas ibéricas; el que tales collares no den la vuelta completa al cuello no constituye motivo de seria objeción, dado que el manto de las damas ibéricas sólo dejaba visible la parte de ellos correspondiente al pecho.

Estas terracotas, sobre todo la figurita femenina, poseen un singular encanto, hasta el punto de que ésta es digna de figurar entre las obras maestras de la coroplástica indígena. Pero no nos dejemos engañar: las piezas que consideramos, si son de fecha tan reciente como los vasos que las acompañan permiten suponer, revelan el carácter rural del medio de donde proceden. Ni siquiera los peines grabados alcanzan a destruir la impresión, en que cada día nos reafirmamos más, de que estas que Bonsor llamó "colonias agrícolas" estuvieron formadas por gentes poco civilizadas, probablemente norteñas, y que los centros urbanos se encontraban más abajo de esta región o remontando el río hacia las provincias de Córdoba y Jaén. Ni estas figuras son dignas de la estampa que las fuentes hacen de Tartessos, ni todos los materiales que el Castillo de Mairena encierra mejoran la impresión de lo rural y provinciano que era el ambiente en que fueron encontradas.